

Pero, ¿en dónde sino en el sacrificio del altar es Cristo nuestro pascua y nuestra víctima¹, y el cordero figurado en la antigua Ley? Luego no parece que puedan participar de estas pascuales fiestas que alegran á toda la cristiandad, aquellos desventurados cristianos que, por un incalificable abandono, se ven privados de la Comunión del cuerpo glorioso del Señor. Éstos, ciertamente, no dan muestras de espiritual resurrección á nueva vida de santidad y justicia, puesto que permanecen después de este santo tiempo, en el sepulcro fétido de sus vicios y desórdenes, durmiendo eternamente el sueño de su mortal indiferencia.

II.

10. ¡Ah, cristianos! ¡qué suerte la de estos desgraciados tan digna de llorarse! Ellos seguramente, cegados por sus mismas pasiones, no se paran á reflexionar sobre los bienes de que voluntariamente se privan no llegándose al banquete eucarístico según el gran precepto de la Iglesia. Estos bienes son incalculables, inmensos en todo orden, no menos en el de la felicidad temporal que en el de la salvación eterna. ¿Quién no lo reconoce? ¿Quién no está bien persuadido de la felicidad que acarrea al alma la santa Comunión? Para no hablar sino de los bienes relativos á la vida presente, ¿qué bien mejor que la paz del alma, la tranquilidad del corazón, el gozo inefable que experimenta el hombre que dignamente comulga? ¿No vale esta dicha más que todos los tesoros y deleites de la tierra? Ésta es aquella *paz de Dios que sobrepuja á todo sentido*, de que habla el Apóstol², y que no se compra á precio

¹ Eph. 5, 2.

² Phil. 4, 7.

de oro, sino á precio de lágrimas de verdadera compunción derramadas al pie del altar. ¿Quién que no haya perdido la fe, no se ha sentido verdaderamente feliz el día que recibió en su pecho al Dios sacramentado, y pudo hablarle en la dulce intimidad del amigo hospedado en su propia casa?

Meditad bien, ¡oh adormecidos en el sueño de la indiferencia! en la grandeza de la dicha de que voluntariamente os priváis, sólo por no hacer un leve esfuerzo para vencer las dificultades que os alejan del cumplimiento del deber pascual. ¿Por ventura no vale cualquier sacrificio, si necesario fuese, la felicidad con que la Iglesia os convida en estos grandes días?

11. ¿Cuáles son, en efecto, para la mayor parte de los pecadores, las dificultades alegadas por pretexto para eximirse del cumplimiento del precepto de la Comunión? Discutámoslas brevemente, hermanos míos, para ver de buscarles pronta y oportuna solución. Reconoced desde luego que ninguna dificultad puede ser verdaderamente razonable; pues, si tal ocurriera, la Iglesia misma convendría en la abstención temporal, ó sea en diferir la Comunión, según el consejo de prudente confesor, hasta tanto que la dificultad quedase allanada, supuesta la buena disposición del penitente. Así lo declara expresamente el citado Concilio¹. Pero esta disposición es precisamente la que falta á muchos pecadores; y ésta es la causa verdadera de no querer cumplir con el riguroso deber de comulgar siquiera una vez al año por Pascua Florida. Toda la dificultad estriba, ó en la misma indiferencia en que se vive respecto á los asuntos de la religión, es decir, respecto al gran ne-

¹ Conc. Later. IV, can. 21.

gocio de la salvación eterna, ó bien en la relajación de la vida que no se quiere reformar al tenor de la ley divina por no poner freno á pasiones innobles que esclavizan el corazón y le mantienen en estado de culpa, ó, finalmente, en otra tiranía no menos opresora que la del vicio, cual es el mal llamado respeto humano, fantasma que á muchas almas débiles aparta del altar, y aun de la iglesia. Ahora bien, amadísimos hermanos: ¿son estas dificultades insuperables, ni siquiera serias y dignas de consideración? ¿Por ventura no son tales que deben removerse á todo trance y con cristiana generosidad, cueste lo que cueste? Veámoslo brevemente.

12. ¿Puede un hombre de razón mirar con indiferencia el cumplimiento de sus sagrados compromisos? ¿Sería razonable ni digna esta conducta? ¿Cómo, pues, tan sin remordimiento ni inquietud se desentiende el cristiano de cumplir con la ley de la Comunión pascual, habiendo jurado solemnemente en el bautismo respetar todas las leyes de Dios y de la Iglesia? Ó ¿es que tal juramento no tiene tanta fuerza como otro cualquiera? ¿Es así como proceden las personas que se precian de tener palabra entre los hombres? No por cierto, amadísimos oyentes; porque faltar á la palabra empeñada por un hombre á otro hombre se tiene, y con razón, por acción villana y vergonzosa. El que tal hace no merece, en una sociedad de gentes honradas, otra recompensa que el desprecio. Y ¿por qué no se juzgará del mismo modo tratándose de la palabra empeñada solemnemente al mismo Dios en presencia de la sociedad cristiana? No cumplir, pues, con el precepto de la Pascua; más todavía, mirar este precepto con la más formal indiferencia, exactamente como si no existiera ó no tuviera fuerza alguna obligatoria, es, por lo menos,

una conducta indigna de un cristiano que no ha abdicado de este nombre y profesión. Ni es más razonable la de aquellos que no comulgan por no sacudir la dulce tiranía de las pasiones que los esclavizan al pecado. No comulgo, dice el pecador con maravilloso descaro, porque no puedo romper con los lazos criminales en que vivo enredado; porque no estoy dispuesto á conformar mi vida con lo que Dios me ordena y mi propia conciencia reclama de mí; en una palabra, porque no quiero convertirme, y no quiero tampoco acercarme al Sacramento indignamente. ¡Qué manera de justificarse tan extraña, hermanos míos! ¿Por ventura puede el hombre dejar de querer aquello á que está obligado por todas las leyes divinas y humanas, como es la reforma de la vida, la práctica de la virtud? Y ¿no es precisamente con el objeto de libertar al hombre del yugo de los vicios el prescribir la Iglesia la recepción del Sacramento de vida eterna, precedido necesariamente del de la reconciliación y penitencia? Tal dificultad, por tanto, no merece que se la tome en consideración, sino que se la rechace con toda la energía de un alma que no ha perdido completamente el sentimiento de la dignidad que tiene por fundamento la virtud. Otro tanto debéis decir del mísero pretexto del respeto humano, respeto indigno de llamarse así, pues no merece sino desprecio la vana y desautorizada opinión de cierta clase de personas esclavas comúnmente de viles pasiones ó preocupaciones sectarias.

Pero ¿no nos estimulará también, amados fieles, al cumplimiento del deber pascual la consideración de los bienes inmensos que de ese cumplimiento derivarían, sin duda alguna, para toda la sociedad? Tal es el asunto de la tercera parte.

III.

13. Una palabra, no más, me será permitido decir acerca de este punto, hermanos míos, en atención á los estrechos límites á que me he propuesto ceñir este discurso. Por lo demás, los beneficios sociales de la Comuni6n pascual no necesitan demostrarse, porque son sobrado manifiestas. Por ella se difunde en la sociedad el suave olor de la edificaci6n, y se reparan solemnemente los escándalos; por ella se estrechan los sagrados v6nculos de la caridad y fraternidad cristianas. ¿No bastará esto solo para proclamar la comuni6n pascual como fuente de bienestar para la sociedad civil? Con raz6n un célebre escritor protestante, expresándose con laudable imparcialidad, ha llegado á decir que el uso de los Sacramentos de la Iglesia cat6lica es la base de la moral de la justicia, y de la felicidad de los pueblos ¹.

14. ¡Qué edificaci6n no causa verdaderamente el ver á una masa de personas, especialmente batallones de hombres de todo estado, edad y condici6n, acercarse con ese aire indispensable de piedad y devoci6n á la sagrada mesa de la Eucaristía en los clásicos días en que se celebran los augustos misterios de la Redenci6n! Nada hay, sin duda, más edificante y conmovedor que ese espectáculo altamente religioso, por lo mismo que entre los actos de religi6n no hay otro tan serio y respetable como la Comuni6n del verdadero Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Lo que el autor de la *Imitaci6n de Cristo* dice del sacerdote que celebra, eso mismo puede decirse, á proporci6n, del cristiano que devotamente comulga: «honra á Dios, rego-

¹ Fitz-William, Cartas á Ático, apud D'Hauterive, Catecismo de Perseverancia VII, 605.

cija á los ángeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos y da descanso á los muertos» ¹. Ahora bien, hermanos míos, ¿no es la pública edificaci6n un bien social de primer orden? ¿no es un poderoso estímulo para el bien obrar? ¿no es una lecci6n objetiva de virtud? Por medio de los buenos ejemplos dados públicamente en plena sociedad cristiana, se reparan aquellos funestos escándalos tan desmoralizadores de la sociedad que los padece. Y ¿qué mayor escándalo social que el que dan aquellos pueblos en donde parece abolida la práctica de comulgar por Pascua? No es extraño que allí la impiedad vaya causando día por día mayores estragos, siendo así que la ruina de las buenas costumbres y el cáncer de la inmoralidad son el funesto pero natural paradero de la indiferencia religiosa.

15. Acercaos, pues, carísimos hermanos, concluiré exhortándoos con el Apóstol ²: acercaos al *trono de la gracia*, á la mesa de la sagrada Eucaristía en este tiempo tan oportuno como ningún otro del año, en que va á descorrerse á los ojos de nuestra fe el cuadro de los augustos misterios de la pasi6n y resurrecci6n del Hombre-Dios. «Acercaos y seréis iluminados, y no quedarán avergonzados vuestros rostros» ³; antes bien, henchidas de luz y felicidad vuestras almas, endiosados con la inefable uni6n con Dios, sentiréis que se estrechan dulcemente los lazos del amor fraterno que deben unir á los hermanos de la gran familia cristiana, á los miembros de un mismo cuerpo social. Desaparecerán de en medio de nosotros los obstáculos de la pública felicidad, como son los odios y los rencores, la ambici6n y codicia desmedidas, la injusticia y el dolo; en una palabra,

¹ Lib. IV, cap. 5.

² Hebr. 4, 16.

³ Ps. 33, 6.

las pasiones brutales que, atropellando por todo para lograr su intento, introducen el desorden y la desgracia en las almas, en la familia y en las sociedades. Venced, pues, generosamente las dificultades que el pecado, y sólo él, pudiera oponeros al cumplimiento del deber pascual; y habréis dado un paso seguro en la vía de la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMÍNICA DE PASIÓN.

La Confesión sacramental.

Si enim sanguis hircorum et taurorum inquinatos sanctificat... quanto magis sanguis Christi... emundabit conscientiam nostram... ad serviendum Deo viventi.

Porque, si la sangre de los machos de cabrío y de los toros... santifica á los inmundos... ¡cuánto más la sangre de Cristo... limpiará nuestra conciencia... para que tributemos culto al Dios vivo!

Hebr. 9, 13. 14.

1. Á la vista tenéis, hermanos míos, la santa imagen del Dios-Hombre muerto en infame leño para rescatarnos, y allí también objeto tiernísimo de nuestras adoraciones¹. Veis allí corriendo de sus preciosas llagas en largos hilos esa sangre divina, precio infinito de nuestra redención. De su costado abierto por el golpe de la lanza han brotado sangre y agua para lavar las torpes manchas de nuestras iniquidades, que no pudiera borrar otro baño que el de la sangre del Cordero sin mancilla. Allí tenéis los Sacramentos brotando de las fuentes del Salvador², como saltan de una rica vena los arroyos de blanquísima corriente para hermosear, purificar, llevar la vida y el verdor á un eriazó estéril

¹ Se predicaba delante de la representación del Calvario.

² Is. 12, 3.

cubierto de espinas y malezas, y transformado en seguida como por encanto en amenísimo jardín. Nuestra alma, tierra estéril, agostada por el soplo abrasador de la concupiscencia, presentaba á los ojos de Dios y á los de la propia razón un aspecto lóbrego y desolador: en ella sólo crecían las hierbas venenosas de pensamientos criminales, palabras ofensivas á los castos oídos, acciones injustas, degradantes, indignas de la condición racional de nuestro ser: nada de flores, nada de frutos de virtud, de santidad y de inocencia... ¡Tristísimo aspecto el de un alma nacida y desarrollada en el pecado!

Pero aguardad: llegará hasta ella el riego fecundante de los Sacramentos de Cristo, y la transformación será tan rápida como maravillosa: aparecerán las flores, veránse sazonar los frutos exquisitos, el alma se convertirá en vergel ameno y delicioso. Dios mismo se dignará posar en ella sus miradas complacientes.

2. ¡Ah! cristianos: ¿quién no anhela por la dicha de experimentar una transformación semejante? Pues, en las manos la tenemos. Empecemos por desecharla de veras: entremos dentro de nosotros mismos, demos siquiera una ojeada sobre el estado presente de nuestra conciencia, y después de esto preguntémonos con sinceridad: ¿podríamos así comparecer ante los ojos del Dios tres veces santo? ¿no necesitamos de la gracia de los Sacramentos? Pues bien, si reconocéis esa necesidad imperiosa, ¿qué tiempo mejor que el de estos días santos para acudir llenos de fe y de confianza á las fuentes de salvación, á los Sacramentos que Jesucristo ha instituído para bien nuestro, y cuya dispensación ha confiado á la Iglesia nuestra Madre? Ellos no tienen otro objeto que purificarnos, robustecernos, santificarnos; en